

ISABEL VILLAR EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Alberto Anaut

“En la dorada tarde en nuestra barca
se desliza sin prisa:
impulsan ambos remos unos brazos
inhábiles de niñas,
mientras en vano sus manitas pugnan
por trazar nuestra vía.”

Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*

LA PREHISTORIA

Isabel Villar siempre ha sabido lo que quería. Aunque ella no lo reconozca. Lo supo en las teresianas de Salamanca y de Ávila, cuando era una pésima estudiante; lo supo con 14 años cuando, al acabar el colegio, iba todas las tardes a la Escuela de San Eloy a aprender dibujo; lo supo cuando, con gran alboroto familiar, abandonó los estudios de bachillerato un año después, se olvidó del latín y de las matemáticas, y se pasaba el día pintando; lo supo cuando cogió la maleta y se vino a Madrid a preparar el ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y lo supo, sobre todo, cuando superó el examen, que no era nada fácil, y se vio dando sus primeros pasos en el mundo del arte.

Allí, venciendo su timidez, Isabel comenzó a ser pintora. Aprendió de sus profesores pero, sobre todo, de sus compañeros de promoción. Se integró en un grupo, al que llamaban de "La Cepa", que era el nombre de una taberna que estaba en la calle de la Aduana, a medio camino entre la Puerta del Sol y el estudio que tenía Manuel Alcorlo junto al Congreso de los Diputados. Corrían los años 50 y aquellos pintores –entre los que estaban Alfredo Alcain, Antonio Zarco, Ángel Doreste, Vicente Vela y Eduardo Sanz– pasaban las tardes pintando, despotricando de los profesores de la escuela, renegando de aquella pintura rancia con la que no se identificaban y preparando la gran revolución de arte. “Lo mejor de aquella época –recuerda Isabel– era que estabas todo el día con gente que querían ser pintores, en lugar de con profesores de dibujo”.

Vivía la pintura intensamente. Rodeada de colegas, la mayor parte hombres, Isabel Villar se fue haciendo artista. Le encantaba pintar al aire libre y salía de excursión con sus compañeros de clase a pintar del natural; preparaba las exposiciones colectivas y vivía sus primeros éxitos. Obtuvo la beca de Paisaje de El Pualar y aquel verano de 1957 que pasó pintando en Segovia sería fundamental en la vida de Isabel. Y no solamente porque un mes de convivencia en grupo daba para mucho, sino porque entre los pensionados de Segovia estaba Eduardo Sanz, un pintor de Santander, compañero de la escuela de San Fernando, con el que Isabel empezó un gran amistad.

Llegó 1958, acabó la escuela, volvió a Salamanca, hizo cada vez más exposiciones, su primera individual, los encargos, las críticas... Isabel Villar estaba ya en el camino de ser artista.

Desde el primer momento, Isabel supo que quería pintar de otra manera. Pintar como mujer. Igual esto, cuando han pasado sesenta años, suena extraño; pero en la España de los años 50, de los años 60, era toda una rebeldía. Significaba tocar otros temas, usar otros colores, enfocar la pintura con otra perspectiva. Significaba también oponerse al mundo de los hombres que dominaba el arte de la época y pelear por encontrar un sitio para una pintura diferente, muy alejada de lo (poco) que por entonces se vendía. Su pintura era ingenua, delicada, inocente, íntima y personal. Y con ella se estaba haciendo un hueco en el mundo del arte de la época.

Pasaron los años y llegó la boda. El 7 de septiembre de 1963, Isabel se casa con otro pintor, con su amigo, su compañero y su mejor aliado, Eduardo Sanz. "Eduardo y yo nos enamoramos a través de la pintura. Porque yo siempre había sentido que Eduardo me valoraba y me aceptaba como pintora". Y con la boda vino el traslado a Santander, el nacimiento de Sergio, su único hijo, al año siguiente y un parón que a la postre resultaría fundamental. Isabel quiso dar un paso atrás para que Eduardo pudiera probar el éxito.

Durante tres años, se retiró de la pintura para cuidar la casa, a su hijo y mantener la maltrecha economía familiar con sus maravillosos trabajos de artesanía. "Yo aposté por la pintura de Eduardo y no me importó esperar un poco para hacer lo mío. Además, en aquella época había nacido mi hijo y estaban las cosas de la casa. Y también había otra cosa: llevaba una pequeña racha, dos o tres años, que casi no pintaba, ni estaba metida en el barullo de hacer mi propia obra. Titubeaba –confesó a El País, en los años 80– no tenía claro lo que quería hacer. Eduardo sí. Y mientras tanto me sirvió para ir pensando, para dar vueltas a lo que quería".

En 1967 la familia Sanz Villar emprendió el éxodo desde las provincias y se trasladó a vivir a Madrid. Eduardo Sanz aprovechó la oportunidad y pronto llegaron las primeras exposiciones, los viajes al extranjero, las ventas y el éxito. La economía familiar se recompuso milagrosamente e Isabel se sintió liberada de sus responsabilidades económicas y retomó su carreta de pintora. Habían pasado varios años de silencio, en los que se apagó la Isabel Villar en formación y surgió una nueva pintora.

A finales de 1970 inaugura su primera exposición individual en Madrid en la Galería Sen que, bajo la batuta de Eugenia Niño, se había convertido en una casa abierta para los nuevos artistas. Eran los últimos años de la dictadura y toda España estaba asomada a la ventana de la libertad. Isabel, como siempre, en primera fila aunque no quisiera dar la nota.

Aquella exposición de Sen fue una auténtica revelación. Isabel Villar llenó las dos salas de la galería –situada en un sótano del barrio de Salamanca, que durante años tuvo el aire de una maravillosa tertulia repleta de artistas y nuevos coleccionistas– de mujeres desnudas, con la mirada perdida, sentadas o tumbadas en idílicas praderas. Óleos que aparentaban ingenuidad y escondían toda la intención del mundo. Cuadros de formato medio y pequeñas esculturas con apariencia de teatrillo. Aquello fue una epifanía.

"Las mujeres que pinta Isabel Villar –escribió el periodista Josep Meliá en una monografía que publicó en 1973– se mantienen de pie, o sentadas, cuando no vuelan por los aires, con una infinita expresión de serenidad en la mirada, en los labios, en la posición de los brazos y las piernas. No se trata, en esencia, de mujeres ávidas o inquietas, que esperen al varón con impaciencia o incluso con rencor por no ser ellas del otro sexo. Nada de esto. El mundo femenino de Isabel Villar es autárquico, se ha cerrado sobre sí mismo, porque la mujer ya no es víctima sino persona libre".

El catálogo de la exposición de Sen –con un diseño retro muy a la moda- tenía cuatro fotografías en blanco y negro y cuatro láminas en color cuidadosamente pegadas y escondía un magnífico texto del crítico Vicente Aguilera Cerni, uno de los más influyentes e internacionales de su época- que fue a quien correspondió la fortuna de transmitir *urbi et orbi* la buena nueva del nacimiento de una pintora.

No puedo resistirme a recoger algunas de las ideas y las palabras de Aguilera Cerni porque es la mejor manera de contar hoy lo que sucedió entonces:

“He aquí las obras de Isabel Villar. ¿Qué son? ¿Qué significan?. Contienen algo inmediatamente cautivador y comunicativo, algo accesible y directo. (...) Aquí hay algo más, mucho más que estas muñecas, que estas figurillas grávidas, inmóviles, colocadas en una naturaleza hecha de partículas repetidas, ordenadas, proliferantes. La sencillez empieza a parecernos un engaño”.

“Están las figuras hieráticas, abultadas, germinantes, absortas, superpuestas en prados y jardines desiertos a fuerza de hallarse abarrotados, repletos de una lujuriente proliferación que sólo parece tener presente, sin pasado ni futuro”.

“Isabel Villar hace escenarios o maquetas escenográficas donde el personaje se ha paralizado ante el enigma de su propio destino. Eva, con los ojos fijos, pasiva, espera al margen del tiempo (...) El Edén -la flor, la hierba, el arbusto, la lírica festividad cromática, la carne, la mirada inocente y profunda- se ha vuelto motivo existencial”.

“Y sólo es el comienzo. Porque las estupendas obras de Isabel Villar, tan sabiamente ingenuas y turbadoras, por ser poesía son pluralidad y apertura”.

Aguilera Cerni estaba deslumbrado pero no era el único. Moreno Galván y José Hierro se unieron al entusiasmo que había despertado la “nueva” pintora.

LA HISTORIA

Aquel 9 de diciembre de 1970 nacía Isabel Villar, pintora. Antes había habido otra mujer con el mismo nombre que se estaba preparando para serlo. Ahora, cuarenta y ocho años, un mes y dos días después, en las salas de la galería Fernández-Braso, en el mismo barrio de Salamanca y a escasos trescientos metros de aquel sótano de la galería Sen, va a contarse el resto de la historia. El camino que va desde finales de 1970 a principios de 2018. Un viaje apasionante por el maravilloso mundo de Isabel Villar. Un universo personal capaz de expresarse en apenas 30 obras separadas por toda una vida.

A lo largo de casi medio siglo, Isabel Villar ha ido construyendo un mundo ideal, enriqueciendo sus personajes y sus paisajes. Isabel Villar vive en un país de fantasía. Un ideal que no existe. Un sueño. Poco a poco, cuadro a cuadro, Isabel ha ido llenando su mundo particular de nuevas criaturas. El león solitario que aparece tumbado en su obra maravillosa de 1972, titulada *Noche tranquila*, va encontrando compañeros que salen del fantástico arca de Noé que esconde la pintora. Sacados de un libro de animales salvajes, de una enciclopedia cuyos modelos repite sistemáticamente como si lo importante fuera el símbolo y no la forma del mismo, *Isabel-Alicia* invita a sus cuadros a leones, tigres, monos, jirafas, cebras, rinocerontes... que viven en feliz armonía con los humanos.

“Siempre he pintado así –decía la propia Isabel a principios de los 70- con flores por todas partes y cosas limpias e ingenuas. Yo quiero, por medio de mi pintura, alejar a la gente de la mala intención, del odio. Que se vuelvan un poco como niños, con ojos nuevos. Es en cierto

modo una llamada a la bondad, pero no a la bondad tontona y estúpida, sino inteligente, responsable. Quiero descubrir las cosas nobles que tiene el ser humano”.

Instalada en su estudio de la calle Emilio Rubín –una casa con jardín, que es casi una colonia de pintores, en plena Ciudad Lineal, –Isabel Villar va desarrollando su catálogo de temas. Sus niñas de cabellos dorados se instalan en medio de paisajes en los que la selva, los árboles frondosos, han sustituido al césped vacío de los primeros cuadros. La desnudez ha dejado paso a los trajes de puntillas y las fieras salvajes se muestran como relajados animales de compañía. Todo es paz y concordia en la obra de Isabel.

A partir de las fotografías de los viejos álbumes familiares, la pintora reproduce un mundo pasado, de aspecto barojiano, en el que se mezclan señores encorbatados, señoras pudorosamente vestidas, obispos y otras especies. Así van pasando los años 70, que son de gran éxito para la artista. Sus retratos de familia se convierten en una obsesión de los nuevos coleccionistas, que descubren en estos cuadros que ironizan sobre el pasado la nueva España moderna, que está llegando.

En los años 80 irrumpe el mar en la obra de Isabel. Tenía que ser así. Con un pie en Santander y otro en Madrid, con Eduardo Sanz llenando enormes lienzos de mares y murmullos, las playas acaban colándose en los cuadros de Isabel, que sustituyen los verdes de los prados por los dorados del sol sobre la arena. Ese es el nuevo escenario que sirve a las mujeres desnudas con las que Isabel Villar reivindica la libertad de la mujer. Ingenuas y voluptuosas, no esconden su cuerpo. No se trata de la liberación de la mujer, que tan claramente defiende la pintora; van mucho más allá: son mujeres previamente liberadas. Las mujeres de Isabel Villar –ha dicho Fernando Savater–, “no están desnudas, son desnudas”.

A mediados de los 80, las exposiciones de Isabel muestran escenas pastoriles. Campesinos y ovejas –con algún lobo bueno por medio– reflejan un país que en aquellos tiempos de libertad estrenada recorre la geografía española con pasión, en un intento de descubrirnos a nosotros mismos tras tanto tiempo de silencio. Isabel pinta sus cuadros de pastores al mismo tiempo que Paco Ibáñez, primero desde París y luego desde Madrid o Barcelona, canta los versos de José Agustín Goytisolo:

*Érase una vez
un lobito bueno
al que maltrataban
todos los corderos.*

*Y había también
un príncipe malo,
una bruja hermosa
y un pirata honrado.*

*Todas estas cosas
había una vez.
Cuando yo soñaba
un mundo al revés.*

El mundo de Isabel Villar no era una isla perdida; formaba parte de una manera de pensar que, en los años 70 y 80, compartía el escenario de un mundo ideal. La pintora se había ocupado, a su manera, de plasmarlo en sus cuadros.

Mientras crecían sus criaturas y se poblaba su País de las Maravillas, Isabel se iba afianzando como artista. Francisco Calvo Serraller lo dejó dicho por escrito: “en su pintura se advierte un progresivo refinamiento, un proceso de perfeccionamiento en el que la artista, dentro de su evidente fidelidad a si misma y una clara voluntad de independencia, va perfilando y enriqueciendo su esquema básico de representación”. Es la época de los cuadros de toreros y majas, en los que los máximos representantes de la *España Cañí* convierten los cuadros de Isabel en una dulce crítica a los tópicos nacionales.

Con el falso debate que confunde la inteligente ingenuidad con lo naif, llegan los ángeles a la pintura de Isabel Villar. Son los años 90 y un vendaval de seres imaginarios ha invadido la cultura española. Se crean museos de ángeles, se habla de sus beatíficas influencias, y nuestra pintora les abre la puerta de su mundo. Con una actividad ilimitada, los ángeles de Isabel ejercen todo tipo de oficios: tocan música, pasean por las playas, juegan al golf. Nada se les pone por delante.

“Nunca he pretendido ser naif –le confesaba la artista a Juan Antonio Vallejo-Nájera en el catálogo de una exposición de 1974-, en realidad fue para mí una sorpresa verme catalogada así (...) Tampoco puedo hacer un manifiesto público porque me definan como naif; entre otras cosas sería inútil que yo lo dijera”.

Esta exposición repasa la obra de Isabel Villar, vista desde el principio de 2018, y produce asombro. Como en un escenario gigante, a lo largo de este tiempo, la pintora ha ido creando, pieza a pieza, su mundo particular. Aquella exposición inaugurada en plenas navidades de 1970 trajo al mundo una nueva pintora, radicalmente diferente. La joven que había salido en 1958 con su diploma de la Real Academia de Bellas Artes bajo el brazo, ha construido en cincuenta años el País de las Maravillas.

*-“¡Despierta, Alicia, cariño! –dijo su hermana- ¡Vaya si has llegado a dormir!
- ¡Oh, si vieras qué sueño más curioso he tenido!- dijo Alicia. Y le contó a su hermana todo lo que pudo recordar de las extrañas aventuras que acabáis de leer.*